



Deseo y archivo. Desvaríos sobre algunas intelectuales de principios del siglo XX

Por Laura A. Arnés¹

“Pronostico que me atacarán como feminista
y hasta insinuarán que soy sáfica [...].
Dudo que me importe demasiado”

(Ocampo, 1971, p. 6)

Estoy trabajando con lo que llamo *archivo Ocampo*. Una enorme cantidad de material que incluye toda la narrativa de Victoria Ocampo (1890-1990), su epistolario completo (que fue expurgado por ella misma, por lo que, si bien es cuantioso, tiene muy pocas cartas escritas por la misma Ocampo), algunas entrevistas que dio en vida y toda la revista *Sur*.

Este es un archivo central para la cultura literaria y política argentina y, por lo tanto, se puede decir que lo heredamos *sabido*. Lo que quiero decir es que la crítica hegemónica desde, por lo menos, los años sesenta tendió a cerrar sentidos sobre este archivo (para decirlo rápido: elitista, vende patria, anti peronista, oligárquico, espiritualista, reaccionario, cosmopolita). Pero creo que desde una perspectiva contemporánea feminista y sexualmente disidente, que tolere las ambivalencias afectivas que el pasado puede provocar, el archivo se reabre habilitando no solo nuevas narrativas sobre el pasado o descubriendo relatos que estaban “perdidos”, sino reinscribiendo la politicidad, en el presente, del objeto analizado. En este marco, mi intención es escribir algo, como propone la teórica Claire Hemmings, “que encienda [...] una conexión con la rebeldía del pasado que vive en el imaginativo presente” (2018, p. 18).² Mi interés no está en la construcción de identidades o en nombrar lo que no fue nombrado, sino justamente en pensar cómo algunas ficciones sexuales pueden (des)movilizar los archivos; cómo la aparición de

¹ IIEGE-FFyL, UBA/CONICET

² La traducción es mía.

la *diferencia* podría habilitar tradiciones que hasta el momento, por diferentes razones, se encuentran obturadas. Pienso, reformulando a Raúl Antelo, que el archivo no es el fin de una obra, sino la prueba de que nada ha terminado de ocurrir: “es el futuro del pasado, allí donde se abre el espacio de la ficción” (citado en Patiño, 2017, p. 45).

Mi modo de trabajo podría pensarse en términos de *atlas*, si entendemos este concepto como la puesta en contacto de una serie de escenas que en su relación narran una historia de la memoria cultural y literaria, personal pero también nacional. Así, el material seleccionado provee un pretexto para contar la historia argentina (nacional, literaria, sexual) de otro modo, en el cruce de experiencias íntimas, escrituras y hechos políticos. En ese nudo se vuelve evidente cómo ciertas experiencias afectivas pueden proporcionar la base para nuevas “culturas públicas” (Berlant y Warner, 1998).

En este marco es que leo lo que llamo *escenas lesbianas*: *locus* – lugar, espacio, tiempo– en el que se articulan y generan una serie de vínculos, afectos, deseos e identidades diferenciales; enclave donde se activan imaginaciones inesperadas y donde se desestabiliza la estructura canónica del deseo. Las escenas lesbianas se sitúan justo en el borde: entre lectura y escritura, entre texto y contexto o entre la literatura y la vida. Son, eso sí, escenas de mujeres juntas, de mujeres solas que no están solas.

Al indagar en el archivo “Victoria Ocampo”, una serie de nombres llama la atención. Mujeres de inscripciones políticas muy variadas, de la alta cultura y de la cultura popular. Todas feministas, la mayoría disidentes del género o de la sexualidad normativa. Diplomáticas, abogadas, actrices, fotógrafas, poetas, escritoras, libreras y ensayistas: María Elena Walsh, María Rosa Oliver, Mildred Adams, Gabriela Mistral, Palma Guillén, Doris Dana, Teresa de la Parra, Lydia Cabrera, María de Maeztu, Victoria Kent, Louise Crane, Elizabeth Bishop, Virginia Woolf, Marianne Moore, Vita Sackville-West, Marguerite Yourcenar, Gisèle Freund, Marguerite Moreno, Colette, Anita Loos, Sylvia Beach, Adrienne Monnier (por nombrar solo algunas). Una comunidad locuaz donde los tácitos son simplemente eso, no vergüenza ni secreto. Una comunidad que se despliega en palabras amorosas, en papeles de hotel y postales con trazo precipitado. Estas mujeres se reciben en sus casas –algunas, incluso, vacacionan juntas–,

se traducen, se publican (porque la amistad puede ser productiva); opinan sobre sus textos inéditos, intercambian contactos, discuten sobre política, se mandan cariños y se reprochan desencuentros. Se dedican textos, el afecto impregna tanto las elegías sobre las otras que publican en diversos medios como sus cartas: el dolor por conocidas muertas o la empatía cuando las enfermedades las aquejan se reiteran y también las opiniones sobre sus parejas, casi como chusmerío. Así, por ejemplo, mientras Gabriela Mistral le cuenta a Ocampo a principios de los años cincuenta que “nuestra Vic Kent se ha hallado una joya de niña que la aloja y la alimenta con una nobleza grande”, o que “Vivo con una profesora y escritora americana, Doris [...]. Es muy serena.” (1951); Kent le comenta a Ocampo, en esa misma década, luego de la muerte de la poeta chilena: “tengo la penosa convicción de que [Doris]”, ex pareja y ahora albacea de Mistral, “es una muchacha con muchas ambiciones literarias y no es nada capaz” (1958). También en las cartas leemos preocupaciones de índole más mundana. Así, por ejemplo, Ocampo le escribe a su hermana Angélica: “Yo no sé si es exceso de bebida (para mi toman las dos, sobre todo Louise, demasiado)” (12 de diciembre de 1975). El deseo de pasar tiempo juntas también aparece como una constante en la correspondencia; los besos de las parejas de algunas se cuelan en las epístolas, agregados a mano y con apuro; otras, como Adrienne Monnier siempre firman en plural: “Sylvia [Beach] y yo le enviamos nuestros mejores deseos y le mandamos un beso de corazón, querida y bella Victoria” (1936). En 1964, Victoria Kent le escribe a Ocampo, organizando un viaje a Buenos Aires que hará con su pareja Louise Crane: “Creemos que tu propuesta es la mejor, ir directamente al hotel y pasar contigo los fines de semana. Así pues tendrás que tomarte la molestia de reservar en el Alvear Palace dos habitaciones que se comuniquen, si es posible, o que no estén muy lejos una de la otra”. La sexualidad o el afecto disidente, el género desviado, está ahí, visible y presente: no se esconde, no se explica, no precisa salida del armario. María Moreno lo dice claramente: “no se deja escrito lo que una no quiere que se sepa. Sí se elige a los testigos” (2021).

Escena 1. La muerte y la torta

“Hemos sido desde el principio unos huérfanos y unos extranjeros”
(Carta de Mujica Láinez a Victoria Ocampo, 1978)

“ha amado con pasión [...], / que nunca cuenta y que si nos con-
tase / sería como el mapa de otra estrella. / Vivirá entre nosotros
ochenta años, / pero siempre será como si llega, / hablando lengua
que jadea y gime / y que le entienden solo bestezuelas. / Y va a
morirse en medio de nosotros, / en una noche en la que más pa-
dezca, / con solo su destino por almohada,
/ de una muerte callada y extranjera”
(Mistral, 1945)

La abogada española Victoria Kent y la poeta chilena Gabriela Mistral, entre otras de las intelectuales mencionadas, vivieron en el exilio. Todas ellas viajaron mucho y vivieron por largas temporadas en otros países, varias también se instalaron en casas alejadas de las ciudades. Hubo razones políticas para todo esto, y una de ellas, probablemente, fue su sexualidad. Porque las y los homosexuales latinoamericanos, sobretodo, pero también les españoles, en las primeras décadas del siglo XX, fueron grandes nómadas, y cuando seguimos sus recorridos, siempre encontramos familias contra-natura.

En este sentido, si los nacimientos y las muertes, sus celebraciones y sus duelos, son estrategias centrales a través de las cuales la hegemonía de la cultura heterosexual se asienta, y si la heterosexualidad (es decir, la pertenencia) adquiere su inteligibilidad en una serie de prácticas e instituciones de la intimidad ligadas a los relatos que constituyen la familia (Berlant y Warner, 1998) me interesa pensar ¿qué pasa cuando la escena se corre de la heteronorma?

Gabriela Mistral y Victoria Ocampo mantuvieron correspondencia por más de treinta años, pero solo se encontraron ocho veces. De estas ocho reuniones Ocampo dio cuenta en una elegía de fuerte impronta autobiográfica, publicada en 1957 (*Sur* 245), escrita como homenaje, ante la muerte de la poeta chilena. En ese texto, Ocampo

ubica y nombra públicamente a Doris Dana –pareja en ese momento de Mistral– como figura central junto al lecho de muerte de la poeta pero, además, da cuenta de una última visita en la que Victoria no estaba sola porque había ido con su pareja de amigas Louise Crane y Victoria Kent (que yacen enterradas juntas). Pero en una carta que le dirige Ocampo a su hermana Angélica (1956), un mes antes de la muerte de Mistral, relata también esa visita:

Ayer por la mañana fuimos con Victoria K. y Louise a Roslyn a ver a Gabriela. El lugar donde vive (donde se está muriendo), es precioso, lleno de árboles y de casitas. La suya –la de Doris que lleva junto a ella una vida de abnegación filial [...]– está sobre a hill [...]. Gabriela estaba con un camisón de una especie de franela rosada [...]. Todo lo indio se le ha acentuado con la enfermedad [...]. Me vio con placer, pero el tiempo ya no existe en su cabeza [...]. Ha guardado su hablar pintoresco. [...]. Tenía entre las manos un paquete de cigarrillos, sacaba un cigarro tras otro [...] y caían después sobre la colcha. Y volvía a sacar otro [...] como si no se diera cuenta que ya había sacado varios [...]. No me preguntó por todo lo que había sucedido en la época de Perón. Ella que tanto quería saber cosas y que tanto pedía detalles... no hizo alusión a la cárcel [...]. Me pidió que me quitara los anteojos para verme los ojos [...]. Almorzamos allí. Con esto quiero decir que Louise y Doris fueron a comprar unos de esos *hamburgers* que detesto, un *cake* que parecía de perfumería [...] y queso [...]. Comimos sentadas en el cuarto de Gabriela [...]. Es realmente tristísimo que acabe así... un poco en la línea del sonambulismo de toda su vida, pero como en siniestra caricatura [...]. No quiere comer. No duerme. (Ocampo, 1997, pp. 101-102)

Una casita –la del concubinato en femenino– alejada, en la extranjería del territorio patrio, de la heterosexualidad y de la muerte. El tiempo dislocado es un presente continuo, marcado por el caer de un cigarrillo que se renueva como si fuera el mismo, en el cuarto más propio que se pueda tener. Lo indio –epítome de lo otro, de lo impropio, de lo excluido– en camisón rosa y sonámbulo, despojado de cualquier territorio, de cualquier memoria o historia, entre mundos, vaga *desorientado* en el cuerpo de una mujer. El desajuste en la figuración de la poeta Premio Nobel, madre de las infancias chilenas, ciudadana del mundo, es evidente. La comunidad femenina disidente, transnacional y literaria duela en privado, duele el comienzo del desmoronamiento de esa familia que no tiene alianzas biológicas ni institucionales. Lo que resulta interesante, además, es que la muer-

te cobra especial evidencia para Ocampo cuando se da cuenta de que lo político ya no es parte de la relación de amistad: lo personal sigue siendo político, pero ya lo político no es personal. La frase de Ocampo delinea una alianza afectiva que se construyó sobre y también construyó lo público. Y ahí el pedido de quitarse los anteojos: la mirada se invierte. El gesto íntimo trasluce el fin del entendimiento y advierte lo que está destinado a deshacerse.

Y a continuación el gesto de las amigas comiendo cerca de la cama de Mistral. El hambre, que la poeta ya no tiene, esa pasión que –justamente en esos términos, *hambre*– marcó su vida (y la de Ocampo), su curiosidad de conocimientos y de mundo, su ser latinoamericano es escenificado en un homenaje ambivalente: cuatro mujeres, que se quieren, cuatro compañeras (que comparten el pan) y que no cocinan, se entre-tienen en compañía de un espectro. Solo el lenguaje de Mistral persiste conocido en su desvío *pintoresco*, que es como decir: peculiar, raro, diferente.

Escena 2. Pasiones en la Escuela de señoritas

“¿Qué no daría yo, María, por llevarme a usted conmigo?”
(Carta de Victoria Ocampo a María de Maeztu, s/f)

No me conformo con estos abrazos de papel. Necesito verla, Victoria, necesito verla porque estos dos años han sido veinte para mí y me parece que la vida se acaba [...]”
(Carta de María de Maeztu a Victoria Ocampo, s/f)

Hay un caso especial en el epistolario: el de Ocampo y María de Maeztu, la pedagoga, sospechada de haber sido amante de Mistral, directora del Lyceum Club y de la Residencia de señoritas de Madrid. Digo que es un caso especial, porque contamos con cartas escritas por las dos (sobre todo por Victoria). Al leer la correspondencia, queda claro que entre ellas la amistad es, ante todo, un permiso para compartirse sentimientos polémicos, opiniones políticas fuertes y confidencias muy privadas, pero también queda claro que esta amistad es una pasión que por momentos las arrasa y que siempre impacta en sus conocimientos y en sus producciones intelectuales.

Me voy a detener brevemente en un intercambio epistolar que se desarrolla en cuatro cartas escritas en 1931, que da cuerpo a otra escena de despedida, pero de índole diferente a la anterior. Después de pasar algunos días en la Residencia de señoritas, en donde Ocampo dicta una conferencia y en donde conoce a Victoria Kent, llega la hora de irse. El día que Ocampo parte de España, se infiere, a partir de la correspondencia, que de Maeztu le habría hecho algún tipo de escena grandilocuente en el tren:

Victoria, perdóneme; perdóneme, se lo ruego. Quise volver a montar en el tren cuando ya estaba en marcha y no me fue posible. Me volví como quien ha perdido para siempre algo sin lo cual no puede vivir. Yo no sé bien por qué ni cómo, a veces, me acomete una furia frenética y digo lo que, de veras, ni pienso ni siento [...]. Lo único que lamento es que no me haya V. estrellado contra la pared [y] arrojado por la ventana, que es lo que de veras merecía. [...] A medida que se acercaba la hora de la despedida la emoción me ahogaba y me cegaba [...] y en vez de vaciar en ternura mi emoción salió, no se de donde, un maldito impulso de celos [...]. Yo había pasado una semana sin dormir, escribiéndole en la noche cartas absurdas de las que me avergonzaba con la luz del día. (Carta de María de Maeztu a Victoria Ocampo, 1931)

Los celos los provoca la otra Victoria: porque es más joven, porque es más moderna porque, sigue de Maeztu:

lo romántico y lo religioso resultan hoy formas reaccionarias y para mi ya es muy tarde para cambiar [...]. De ahí mi simpatía extraordinaria por Eduardo Mallea, que, siendo joven y nuevo, es todavía romántico y desinteresado y bueno (él también tiene celos, y con él no se enfada, Victoria). (Carta de María de Maeztu a Victoria Ocampo, 1931)

La carta termina diciendo que la amistad con Ocampo es lo que la habría sostenido durante los últimos cinco años: una amistad, dice con énfasis, teñida de esa cosa mágica llamada *ilusión*. Su miedo, ahora, es que esa ilusión se hubiese roto.

Pero lo cierto es que ni los celos, ni la envidia lograrán la ruptura de afectos que continúan, indisolubles, a lo largo de décadas –en todo caso, serán, más adelante, las desavenencias políticas las que fisuren la relación–. El afecto entre mujeres, en este caso, se presenta como un estado de necesidad, de impresión y saber (sobre la otra).

La respuesta de Ocampo no demora en llegar y empieza así:

Pasé mi vida amando y sufriendo horriblemente por amar seres que tenían pocas ideas en común conmigo. Que me anuncien la muerte de una amistad como la nuestra por las razones que usted conoce me parece monstruoso, pues sé hasta que punto el amor y la amistad [...] es la muerte más difícil [...]. Vos me hablás de Mallea. Pero sabés como soy de mala con él. (Carta de Victoria Ocampo a María de Maeztu, 2 de noviembre de 1931)

A continuación le relata cómo un día, en un ataque de odio, le arrancó la falange de un mordisco al citado amante. Y este es un punto clave. De Maeztu se había comparado con quien fuera, por un tiempo, pareja de Ocampo. Con este gesto, la economía sexual es puesta en suspenso para abrir la posibilidad a otra circulación del deseo; a un deseo más emancipado, tal vez; a una intimidad que se ofrece como acto de apertura fuera de las convenciones.

La pérdida o el miedo a la pérdida es la emoción que tiñe estas cartas: “salió no se de dónde un maldito impulso”, dice de Maeztu. Y es que la insuficiencia del discurso heteronormativo para aprehender la experiencia de quien escribe la condena a su propia ininteligibilidad. Hay un deseo que desborda, que aparece en la mención de lo que no es, conjuntamente con la utilización de retóricas propias del discurso amoroso. Ese es el desvío. En la apertura de la posibilidad reside el éxito de la escritura; y como efecto de ese excedente se develan nuevas posibilidades para la fantasía, la imaginación y la ilusión.

Así, como suele suceder en mis lecturas de las ficciones lesbianas, lo que se hace visible en estas escenas no es una forma específica de la sexualidad, sino un modo de producción de sentidos diferenciales que precisa de la construcción de miradas encantadas o hambrientas, como dirán tanto Ocampo como Mistral, que se fugan de la clasificación y construyen figuras que inventan otros afectos.

A partir de estas escenas, insisto en que hay que devolverle un estatus público a las relaciones entre mujeres porque la amistad provee un lugar en el mundo, configura un espacio personal y también uno político. Pero, además, estas escenas instalan espacios específicos que escapan a las leyes de lo cotidiano para sustituirlas por otras leyes. Y es quizás en ellas, justamente por esto, donde podamos imaginar no solo otros puntos de apoyo para la cultura argentina, sino

la posibilidad de armar otras historias para nuestras vidas y nuestros conocimientos.

Referencias

Berlant, Lauren y Warner, Michael (1998). Sex in Public. *Critical Inquiry*, 24(2), 547-566.

Hemmings, Claire (2018). *Considering Emma Goldman*. Durham: Duke University Press.

Mistral, Gabriela (1954). *Tala*. Buenos Aires: Ediciones Revista Sur.

Moreno, María. 2021. Las cartas de Gabriela Mistral: un clóset de cristal. *Penguin libros*. <https://www.penguinlibros.com/es/revista-lengua/literatura/cartas-gabriela-mistral-doris-dan-maria-moreno>.

Ocampo, Victoria (1971). La trastienda de la historia. *Sur*, 326-327-328, 5-21.

Ocampo, Victoria (1997). *Cartas a Angélica y otros*. Buenos Aires: Sudamericana.

Patiño, Roxana (2017). La crítica como escena de la acefalía: la “archi-filología” de Raúl Antelo. *Conversaciones del Cono Sur*, 3(2), 41-47.

